

A MANUEL ALEMÁN: IN MEMORIAM (*)

FELIPE BERMUDEZ SUAREZ

DIRECTOR DEL CET

Manuel Alemán, una de las cosas que nos enseñó fue la revisión de vida: aprender a mirar las cosas que pasan con una mirada profunda; volver a ver, hacer revisión de los acontecimientos y de los hechos cotidianos.

Hoy tenemos una oportunidad para volver a mirar este acontecimiento triste y doloroso de su partida. Por las calles de la ciudad estos días, en las tertulias de amigos, en los encuentros ocasionales... todos repetimos lo mismo: “¡Todavía no nos hacemos a la idea! ¡No acabamos de creerlo, nos parece mentira!” He visto a más de una persona en estos días deambular como perdida, bajo el peso de la nostalgia y con esta pena en el corazón...

Les invito, amigos, a reflexionar sobre lo sucedido, a profundizar en el significado de la vida y de la muerte de Manolo.

Si la muerte de un amigo, de un compañero de camino, siempre nos hace reflexionar, mucho más cuando, como en este caso, ese amigo ha sido, a la vez, padre en la fe para muchos de nosotros y para todos, estoy seguro, maestro y testigo en muchas cosas importantes.

(*) *Homilía en el Funeral de Manuel Alemán*, profesor del CET. Iglesia de San Francisco, Las Palmas, 10 de mayo de 1991.

Creo poder hablar en nombre de muchas personas, presentes aquí y ausentes, si digo algo que no se puede decir de todo el mundo: Manolo ha sido para nosotros un padre. Como buenos hijos, nos corresponde ahora recoger su legado, retener su testamento y hacerlo fructificar.

Contemplada la trayectoria de Manolo desde el Evangelio, me recuerda lo que dijo Jesús: “Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo” (Mt. 13,52); o aquellas otras, cuando habló del “siervo fiel y prudente a quien el Señor puso al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo” (Mt. 24,45).

Como formador del seminario, a toda una generación de curas nos condujo por los caminos del Evangelio, nos daba de lo nuevo y de lo viejo, según nos convenía. Difícilmente podría encontrarse en la vida de una persona lo que nosotros encontramos en él: alguien que te acompañó día a día, durante diez o más años, animándote, abriéndote horizontes, corrigiéndote, valorando tus progresos en la oración, en la madurez humana, en la reciedumbre del carácter... ayudándote, en definitiva, a ser persona, a ser discípulo de Jesucristo.

De esto podríamos hablar mucho. Sólo algunas anécdotas: cada vez que algunos leemos el salmo 15 recordamos aquella charla que nos dio, hace ahora mismo 30 años: “El Señor es el lote de mi heredad; Señor, tú eres mi bien, ningún bien tengo fuera de ti”. Manolo nos enseñó a tener un Absoluto en nuestra vida, a entregarle todo nuestro ser, a vivir apasionadamente el Evangelio. O cuando esperábamos durante horas a que nos recibiera en su cuarto, y, al hablar mucho, nosotros le decíamos que había gente fuera esperando y contestaba: “¡Cada persona es única! ¡Cada persona merece un gran respeto!” De Manolo aprendimos el sentido sagrado de cada persona, el valor de la escucha exquisita y delicada del otro, en lo cual él fue modelo.

Muchos de los que estamos aquí, laicos, sacerdotes o religiosas, tenemos la sensación de que se nos ha ido un padre, el padre en la fe y en el Evangelio. Ese sentimiento nos une hoy estrechamente con Uds. sus hermanas y hermanos, su madre, sus sobrinos y amigos íntimos, su familia de sangre. Todos estamos llorando su pérdida, todos tenemos que asumir su legado espiritual y responsabilizarnos de él, como su verdadera familia espiritual.

*

La fe que Manolo nos enseñó, el Evangelio al que nos inició es una fe, es un Evangelio del compromiso. Manolo, con su vida y con su muerte ha

impactado grandemente a una serie de personas —algunos están incluso aquí— que, aunque no comparten la fe cristiana con nosotros, sí comparten el amor a la tierra, el amor a Canarias, la pasión de la canariedad. En esto reconocemos todos en Manolo un maestro y un testigo.

Creo poder hablar en nombre de muchas personas, presentes aquí y ausentes, si digo que en adelante al hablar de canariedad, de identidad canaria, hay que nombrar a Manuel Alemán. No sólo por su libro “Psicología del hombre canario”, sino por toda su vida, sus inquietudes, su pasión y sus sueños. Manolo no sólo pasará a la historia de las islas por haber teorizado y pensado la canariedad, sino por haberla vivido y sentido apasionadamente.

Si toda la primera etapa de su labor apostólica la dedicó al seminario, a la dirección espiritual, a formar seguidores de Jesucristo, podemos decir que en la segunda etapa fue el apóstol de lo canario, de lo nuestro, de la causa de los desheredados y maltratados, en nuestra tierra y en todo el mundo. Entre estas dos etapas, como en todo gran hombre, estuvo la crisis, la incompreensión, la búsqueda en la oscuridad, el exilio... en definitiva, la cruz.

En estos días en que la reflexión se ha serenado y podemos ya pensar en lo que significó Manolo para nosotros, a mí me quedan estas dos cosas como su legado espiritual: ha sido padre en la fe para muchos de nosotros; ha sido maestro y testigo de canariedad para todos.

Para los que seguimos empeñados en conducir nuestra tierra, nuestra cultura, nuestra identidad por caminos de justicia y de fraternidad; para los que seguimos empeñados en caminar tras las huellas de Jesús de Nazaret, viviendo apasionada y comprometidamente la fidelidad al absoluto de Dios en el hoy de nuestras islas queridas... tenemos en Manolo un testigo y un maestro.

*

Que nadie piense que he tomado la palabra simplemente para hacer un elogio fúnebre del amigo que se fue. He aceptado hablar para invitar a la reflexión y a la oración a una comunidad de fe que se reúne para celebrar la Eucaristía.

Todo esto que he dicho puede servir para dos cosas:

1º para dar gracias a Dios. Podemos dar gracias al Padre, porque nos sigue ayudando y orientando en estos tiempos confusos. Nos sigue enviando

testigos y guías que nos ayudan a caminar. En el día de hoy les invito a dar gracias al Dios de Jesucristo por todo lo que nos ha dado y regalado a través de Manolo Alemán, de su persona, de su vida, de su obra.

2º para pedir al Señor por él y por nosotros. Por él, para que Dios Padre lo acoja en su casa para siempre. El, que es bueno, perdone sus errores, sus deficiencias y pecados. Si hoy suplicamos para Manolo la liberación definitiva de la muerte, no es porque él fuera bueno, sino porque Dios es bueno, misericordioso y clemente. Pedimos para nuestro amigo que, él que tanto amaba el mar, encuentre la paz y felicidad que buscaba, en el océano inmenso de la eternidad.

Pedir, finalmente, por nosotros, para que sepamos acoger su testamento, su legado espiritual y llevarlo adelante. Que se realice su sueño de vernos a muchos de nosotros verdaderos discípulos de Jesucristo Resucitado, vencedor de la muerte en todas sus formas, y de vernos a todos enamorados de nuestra tierra canaria. En una cosa y otra, nuestro amigo nunca quiso ir solo, sino en equipo, en grupo, en comunidad, “en racimo”, como él gustaba repetir.

Manolo creo que vivió lo que León Felipe dijo bellamente:

“Voy con las alas tensas
y refrenando el vuelo;
porque no es lo que importa
llegar solo ni pronto,
sino con todos y a tiempo”.

Felipe Bermúdez Suárez